

J. M. EÇA DE QUEIRÓS
LOS MAIA
EPISODIOS DE LA VIDA ROMÁNTICA

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
JORGE GIMENO

PRE-TEXTOS
NARRATIVA CLÁSICOS

El presente libro ha contado con un ayuda a la traducción del
INSTITUTO PORTUGUÉS DO LIVRO E DAS BIBLIOTECAS
del MINISTÉRIO DA CULTURA português.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Primera edición: mayo de 2000
Primera reimpresión: septiembre de 2000
Segunda reimpresión: junio de 2001
Tercera reimpresión: octubre de 2003
Cuarta reimpresión: febrero de 2008
Segunda edición: julio de 2013

Tipógrafos: Andrés Trapiello, Alfonso Meléndez y Pre-Textos (S.G.E.)

© Traducción, prólogo y notas de:
Jorge Gimeno, 2000

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2013
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15576-73-0 • DEPÓSITO LEGAL: V-1721-2013

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

LOS MAIA

EÇA DE QUEIROS

A la casa que los Maia ocuparon en Lisboa en el otoño de 1875, se la conocía en el vecindario de la Rua de São Francisco de Paula, y en todo el barrio de Janelas Verdes, como la Casa del Ramalhete, o simplemente el Ramalhete. Pese a este fresco nombre de vivienda campestre,¹ el Ramalhete, sombrío caserón de paredes severas, con una hilera de angostos balcones de hierro en el primer piso y encima una tímida línea de pequeñas ventanas al amparo del tejado, tenía el aspecto triston de residencia eclesiástica propio de un edificio del reinado de doña María I:² con una campana y una cruz por remate, hubiera recordado a un colegio de jesuitas. El nombre de Ramalhete procedía a buen seguro de un revestimiento cuadrado de azulejos que ocupaba el lugar del escudo de armas, que nunca se había llegado a colocar, y que representaba un gran ramo de girasoles atado con una cinta en la que se leían las letras y números de una fecha.

Durante largos años el Ramalhete había permanecido deshabitado, con telarañas en las rejas de las ventanas del piso bajo, adquiriendo un aspecto de ruina. En 1858 monseñor Buccarini, nuncio de Su Santidad, lo había visitado con la pretensión de instalar en él la Nunciatura, seducido por la gravedad clerical del edificio y por la paz durmiente del barrio:

¹ La traducción del nombre de la vivienda sería «Ramillete».

² Fue reina de Portugal de 1777 a 1816.

el interior del caserón también le había agradado, con su disposición palaciega, los techos artesonados, las paredes cubiertas de frescos en los que languidecían las rosas de las guirnaldas y los rostros de los cupidillos. Pero Monseñor, con sus costumbres de rico prelado romano, quería para su vivienda los árboles y las aguas de un jardín lujoso, y el Ramalhete apenas poseía, al fondo de una terraza de ladrillo, un pobre jardincillo inculto, entregado a las malas hierbas, con un ciprés, un cedro, una fuente seca, un estanque rebosante y una estatua de mármol (en la que Monseñor reconoció enseguida a Venus Citerea) que ennegrecía en un rincón bajo la lenta humedad de los ramajes silvestres. Por lo demás, el alquiler solicitado por el viejo Vilaça, administrador de los Maia, le pareció tan exagerado a Monseñor, que le preguntó sonriendo si se creía que la Iglesia aún se hallaba en los tiempos de León X.³ Vilaça le replicó que tampoco la nobleza se hallaba en los de don João V.⁴ Y el Ramalhete continuó deshabitado.

Aquella inútil covacha (como la llamaba Vilaça hijo, ahora administrador de los Maia por muerte de su padre) no había servido más que para guardar a finales de 1870 los muebles y la loza procedentes del palacete de la familia en Benfica,⁵ vivienda casi histórica, que tras muchos años a la venta había acabado en manos de un comendador brasileño. En aquella ocasión se vendió también otra propiedad de los Maia, la Tojeira; y algunas de las pocas personas que en Lisboa aún se acordaban de los Maia, y que sabían que desde hacía varios lustros vivían retirados en su quinta de Santa Olávia, a orillas

³ Juan de Médicis (1475-1521), papa de 1513 a 1521, mecenas florentino.

⁴ Reinó en Portugal de 1706 a 1750.

⁵ En la época, población residencial a las afueras de Lisboa.

del Duero, le habían preguntado a Vilaça si aquella gente pasaba estrecheces.

—Aún les queda su mendrugo de pan —decía Vilaça sonriendo— y mantequilla que untar.

Los Maia eran una antigua familia de la Beira, siempre poco numerosa, sin ramas colaterales, sin parentela, y ahora reducida a dos varones, el amo de la casa, Afonso da Maia, hombre ya mayor, casi un matusalén, más viejo que el siglo, y su nieto Carlos, que estudiaba medicina en Coimbra. Cuando Afonso se retiró definitivamente a Santa Olávia, las rentas de la casa superaban ya los cincuenta mil cruzados:⁶ a eso se habían ido sumando los ahorros de veinte años de vida en el campo y la herencia de un último pariente, Sebastião da Maia, que desde 1830 vivía en Nápoles, solo, entregado a la numismática. El administrador podía sonreír tranquilo cuando hablaba de los Maia y su rebanada de pan.

La venta de la Tojeira respondía al consejo de Vilaça, pero él nunca había aprobado que Afonso se deshiciera de Benfica tan sólo porque aquellas paredes habían visto muchos disgustos domésticos. Eso, como decía Vilaça, pasaba con todas las paredes. El resultado era que los Maia, con el Ramalhete inhabitable, no disponían de casa en Lisboa; y si bien Afonso a su edad amaba el reposo de Santa Olávia, su nieto, joven de buen gusto y amante del lujo, que pasaba las vacaciones en París y en Londres, no estaría dispuesto, una vez acabara sus estudios, a sepultarse entre los peñascos del Duero. Así, unos meses antes de que Carlos abandonase Coimbra, Afonso sorprendió a Vilaça anunciándole que estaba decidido a habitar

⁶ Para la lectura de la novela, conviene tener en cuenta las siguientes referencias: en la época, la unidad monetaria era el real, plural reis; 1 tostón equivalía a 100 reis; 1 cruzado a 400 reis; 1 mil-reis era, simplemente, 1000 reis; 1 libra equivalía a 4500 reis; 1 conto de reis era igual a 1 millón de reis.

el Ramalhete. El administrador compuso de inmediato un informe en el que pormenorizaba los inconvenientes del case-rón: el mayor de todos eran las obras y gastos necesarios; además, la falta de un jardín afectaría a quien tan hecho se hallaba a los árboles de Santa Olávia; por último, hasta aludía a una leyenda según la cual las paredes del Ramalhete habían sido siempre funestas a los Maia, «por más que (añadía con frase premeditada) me avergüence de mencionar tales chifladuras en el siglo de Voltaire, Guizot y otros filósofos liberales...»

Afonso celebró mucho la frase, y respondió que aquellas razones eran excelentes, pero que deseaba vivir bajo techos tradicionalmente suyos; si hacían falta obras, que se hicieran, y cumplidamente; y en cuanto a leyendas y augurios, bastaría con abrir de par en par las ventanas y dejar entrar el sol.

El señor mandaba, y como el invierno venía seco, las obras comenzaron enseguida bajo la dirección de un tal Esteves, arquitecto, político y compadre de Vilaça. Semejante artista había entusiasmado a Vilaça con un proyecto de escalera aparatosa, flanqueada por dos figuras alusivas a las conquistas de Guinea y la India. Y se hallaba ideando una fuente de porcelana para el comedor cuando, inesperadamente, Carlos se presentó en Lisboa con un arquitecto-decorador de Londres, y tras estudiar aprisa con él algunos adornos y las tonalidades de algunos tejidos, puso en sus manos las cuatro paredes del Ramalhete para que crease, conforme a su gusto, un interior confortable, de un lujo inteligente y sobrio.

Vilaça deploró amargamente aquel feo que se le hacía al artista nacional; Esteves se fue a su círculo político a proclamar que Portugal era un país perdido. Y Afonso lamentó también que se hubiese despedido a Esteves, incluso exigió que se le encargara la construcción de las cocheras. El artista se disponía a aceptar, pero le nombraron gobernador civil.

Al cabo de un año, durante el cual Carlos se trasladó con frecuencia a Lisboa para colaborar en los trabajos, para «dar sus toques estéticos», del antiguo Ramalhete sólo quedaba la fachada tristonía, que Afonso no había querido alterar por constituir la fisonomía de la casa. Y Vilaça no dudó en declarar que Jones Bule (como él llamaba al inglés), sin gastos excesivos, aprovechando las antiguallas de Benfica, había hecho del Ramalhete todo «un museo».

Lo que más sorprendía era el patio, antaño tan lóbrego, desnudo, toscamente enlosado, y ahora resplandeciente, con un piso ajedrezado de mármoles blancos y rojos, plantas decorativas, tiestos de Quimper,⁷ y dos largos bancos señoriales que Carlos había traído de España, tallados en madera, solemnes como coros catedralicios. Arriba, en la antecámara, forrada como una jaima con tapices de Oriente, moría todo rumor de pasos: la adornaban divanes cubiertos de tejidos persas, enormes platos árabes con reflejos metálicos de cobre, una armonía de tonos severos en la que destacaba, en la blancura inmaculada del mármol, una figura de muchacha friolenta que, entre risas, tiritando, metía un pie en el agua. De la antecámara salía un amplio corredor, adornado con las piezas nobles de Benfica, arcones góticos, jarrones de la India y viejos cuadros devotos. Las mejores salas del Ramalhete daban a aquella galería. En el salón noble, raramente usado, con brocados de terciopelo color de musgo otoñal, había un hermoso cuadro de Constable, el retrato de la suegra de Afonso, la condesa de Runa, con tricornio de plumas y traje carmesí de amazona inglesa sobre un fondo de paisaje brumoso. Una sala más pequeña, contigua, en la que se hacía música, tenía un aire muy siglo XVIII con sus muebles rameados

⁷ Fábrica bretona de fayenzas, de importancia desde mediados del siglo XVIII.

en oro, sus sedas de ramajes brillantes: dos tapices gobelinos, desvaídos, de tonos cenicientos, llenaban las paredes de pastores y boscajes.

Enfrente estaba la sala de billar, forrada con un cuero moderno, cosa de Jones Bule, en el que, por entre la profusión de ramajes verde botella, batían alas cigüeñas plateadas. Y al lado se hallaba el *fumoir*, la sala más cómoda del Ramalhete: las otomanas tenían la muelle vastedad de lechos; y el amparo cálido y un poco sombrío de los tejidos carmesíes y negros se animaba con los colores cantarines de antiguas fayenzas holandesas.

Al fondo del corredor estaba el escritorio de Afonso, revestido de damascos rojos como una vieja cámara de prelado. La maciza mesa de palisandro, las estanterías bajas de roble labrado, el solemne lujo de las encuadernaciones, todo tenía un tono austero de paz estudiosa, realzada por un cuadro atribuido a Rubens, antigua reliquia de la casa, un Cristo en la cruz, cuya desnudez de atleta destacaba contra un poniente rojizo y tormentoso. Junto a la chimenea, Carlos había dispuesto para el abuelo un biombo japonés bordado en oro, una piel de oso blanco y un venerable sillón cuya tapicería aún insinuaba, en su trama de seda desvaída, las armas de los Maia.

En el corredor del segundo piso, vestido con retratos de familia, estaban las habitaciones de Afonso. Las que Carlos había tomado para sí quedaban en un ángulo de la casa, con una entrada particular y ventanas que daban al jardín: eran tres gabinetes corridos, sin puertas, que compartían una misma alfombra; los mullidos cojines, la seda que forraba las paredes, hacían que Vilaça dijera que aquello no eran aposentos de médico, sino de bailarina.

La casa, una vez lista, estuvo vacía mientras Carlos, ya licenciado, hacía un largo viaje por Europa. Fue sólo en vispe-

ras de su regreso, en aquel precioso otoño de 1875, cuando Afonso se decidió a dejar Santa Olávia e instalarse en el Ramalhete. Llevaba veinticinco años sin ver Lisboa, y al cabo de unos pocos días le confesó a Vilaça que suspiraba por su umbría Santa Olávia. Pero ¡qué remedio! No quería vivir muy lejos de su nieto. Y Carlos, ahora, con ideas serias de carrera activa, tenía que vivir en Lisboa... Por lo demás, no le disgustaba el Ramalhete, pese a que Carlos, con su fervor por el lujo, propio de los climas fríos, se había prodigado en tapices, pesados reposteros y terciopelos. Le agradaba también el vecindario, aquella dulce quietud de arrabal adormilado al sol. Y hasta le gustaba su jardincillo. Claro que no era el jardín de Santa Olávia: pero tenía un aire simpático, con sus girasoles al pie de los escalones de la terraza, el ciprés y el cedro que envejecían juntos como dos amigos tristes, y aquella Venus Citerea que ahora se le antojaba, con su aspecto claro de estatua de parque, como venida de Versalles, de las profundidades del Grand Siècle... Y mientras el agua no faltase, la pequeña cascada era deliciosa, manando de su nicho de conchas, con sus tres pedruscos que simulaban un despeñadero simbólico, melancolizando aquel fondo soleado de jardín con su llanto de náyade doméstica, desgranado gota a gota en la pileta de mármol.

Lo que al principio había desilusionado a Afonso eran las vistas de la terraza, desde la que antaño se veía el mar. Pero las casas levantadas en torno en los últimos años habían echado a perder aquel espléndido horizonte. Ahora, una estrecha tira de agua y monte, visible entre dos edificios de cinco pisos separados por una calle, era todo el paisaje del Ramalhete. Pero no por ello Afonso dejó de hallarle un íntimo encanto. Era como una marina encajada entre blanca piedra de cantería, colgada del cielo azul frente a la terraza, que mostraba, a través de la infinita variedad de la luz y el color, los episodios fu-

gitivos de una apacible vida de río: a veces una vela de barco de Trafaria⁸ que huía garbosamente a bolina; otras, una galea con todo el trapo al viento, que se abría paso suavemente, con la brisa a favor, en el bermellón de la tarde; o bien la melancolía de un gran paquebote, rumbo al mar, listo para enfrentarse al oleaje, atisbado apenas un instante, que desaparecía como devorado por el mar incierto; o durante días, en el polvo de oro de las siestas silenciosas, el bulto negro de un acorazado inglés... Y siempre al fondo el trozo de monte verdinegro, con su molino quieto en lo alto y dos casas blancas junto al agua, llenas de expresión, ora relampagueantes y despidiendo rayos de las ventanas al rojo como brasas, ora adquiriendo al atardecer un aspecto pensativo, teñidas de los rosas tiernos del poniente, tan semejantes al rubor humano; o bien transidas de tristeza en los días de lluvia, tan solas, tan blancas, como desnudas bajo el tiempo desapacible.

Tres puertas vidrieras comunicaban la terraza con el escritorio. Fue en aquella hermosa cámara de prelado donde Afonso se acostumbró a pasar sus días, en el acogedor rincón que su nieto le había preparado tiernamente, junto a la chimenea. De su larga estancia en Inglaterra le había quedado el gusto por los suaves ocios junto al fuego. En Santa Olávia las chimeneas no se apagaban hasta abril; luego se llenaban de brazadas de flores, como un altar doméstico; y era entonces, rodeado de aquel aroma, de aquella frescura, cuando él más disfrutaba de su pipa, de su Tácito o su querido Rabelais.

Sin embargo, Afonso aún distaba, tal y como él decía, de convertirse en un vejete de brasero. A sus años, tanto en invierno como en verano, se levantaba con el sol y se echaba rápidamente a patear la quinta, no sin antes cumplir con su buena oración matinal, que era un gran chapuzón en agua fría.

⁸ Localidad en la desembocadura del Tajo, frontera a Lisboa.

Toda la vida había tenido el amor supersticioso del agua, y solía decir que no había nada mejor para el hombre que sabor de agua, sonido de agua y vista de agua. Lo que más le había ligado a Santa Olávia era su abundancia de regatos, manantiales, surtidores, el tranquilo espejo de las aguas durmientes, el fresco murmullo del agua de riego... A aquella acción tónica del agua le atribuía él haber vivido, desde comienzos de siglo, sin un mal dolor, prosiguiendo así la rica tradición de salud de su familia, duro, resistente a los disgustos y a los años, que pasaban por él tan en vano como en vano pasaban por sus robles de Santa Olávia los años y los vendavales.

Afonso era un poco bajo, macizo, de hombros cuadrados y fuertes. Y con su ancha cara de nariz aguileña, la piel rojiza, casi colorada, el pelo blanco cortado a cepillo y la barba nívea picuda y larga, recordaba, como decía Carlos, a un varón esforzado de los tiempos heroicos, un don Duarte de Meneses o un Afonso de Albuquerque.⁹ Aquello hacía sonreír al viejo, que le recordaba al nieto lo mucho que las apariencias engañan.

No, no era Meneses ni Albuquerque, sino un anciano bonachón que amaba sus libros, el remanso de su poltrona, su *whist* al amor de la lumbre. Él mismo solía decir que era un egoísta, pero nunca como ahora en la vejez la generosidad de su corazón había sido tanta. Buena parte de sus rentas se le escurrirían entre los dedos con sus muchas caridades. Cada vez amaba más al pobre y al débil. En Santa Olávia, los niños salían de las casas y corrían hacia él, sabiéndole acariciador y paciente. Todo cuanto vive le merecía amor; era de los que no pisan un hormiguero y se compadecen de la sed de una planta.

⁹ Conquistadores portugueses.